



Un Muriente En Versos

POR CRISTÓBAL SOLARI

LA voz que habla en la poesía de Armando Uribe tiene un estatus sobrenatural: es la de un muerto con algo de vida o bica de un vivo medio muerto. El primer poema de colección lo previene: "Los muertos que fuimos ya se abrieron/ de estar muertos. No renacimos, sino que nacimos/ mal hechos unas farías maltruchos.../ No es la primera vez en la tradición poética que llega a nosotros algo parecido: los muertos que hablan a Ulises (en el capítulo XI de la Odisea), los personajes de Dante y Dante mismo en su Comedia, para nombrar dos ejemplos centrales.

Esta doble pertenencia, agónica y borrosa —como las figuras que se intercalan en el libro— propociona un tono, fuerza y posición ásidos a esa voz para lo que tiene imperiosa- mente que decir y para la manera de decirlo. Desde esa curiosa instalación, viniendo de aquí para allá y viceversa, cualquiera sea el asunto que aborde, la muerte aparece acompañando a aquella voz, como un personaje cotidiano que, ya en **Odio lo que odio, rabio como rabio** y hasta **A peor vida** circula entre sus versos, habla, es invocada, imprecada, maldita, medita- da: "Busco en vano la puerta: no hay umbrales/ todo es suelo y lugar donde solía/ jugar corrigo/ mismo a juegan talos/ que no me atrevo a re- cordar hoy día/ Golpo el suelo con el pecho, fuerte/ y se abre un hoyo cuyo nombre es muerte".

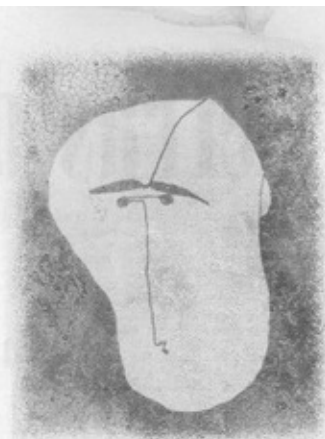
La visión de Uribe del "más allá" semeja ser más homérica que proliamente cristiana. La otra vida es peor vida, un hoyo que devora, región lóbrega. Allí, los muertos no hacen nada; ni las acciones cotidianas (tosir, perder los ante- ojos, somarse, encender la luz) ni amar. El deseo de morir, "el muerto porque no muero" que atra- viesa incesantemente estos poemas, no es, al modo de poesía mística clásica, un anhelo y reclamo aporriados por un más allá bienven- turado, sino por una verdadera muerte ("tres muertes quisiera") que ponga término a una vida

en suspenso y a una incapacidad de morir, propia de esta persona a la vez "viviendo y ya muriendo".

En uno de los versos más hermosos del libro el poeta declara: "muero de amor por lo que ya no quiero", contradicción que recuerda el "Odio y Amo. Si me preguntan como ello es posible. No lo sé. Pero sucede y me atormenta", de Catulo o al "odio a la vida por amor a ella", de Fernando Pessoa, en el *Libro del desasosiego*. Las críticas fluyen desde ese complejo de emo- ciones, distinto al simple desdén por la vida de "acá" de cara al amor por una vida de "allá". Hay un desgarrar, que el poeta experimenta y siente en grado extremo, porque aun siendo esta vida *muriente* ("lo que ya no quiero"), es vida prefe- rible, en cierto modo, a la muerte reclamada ("peor vida") y muere de amor por ella.

En su poema situado al centro del libro, el poeta se describe e invoca a sí mismo como ya muerto: "No soy viado, soy el muerto/ que deja viados a sus alrededores/ La agonía coreana, la del hacho/ Lo sé muy bien: He muerto. No me flores/ Armando Uribe yace sin dolores/ ya desde el día de tu concepción..." En este diálogo del poeta con Armando Uribe muerto, las refe- rencias a Nerval y, sobre todo, a Vallego, se ven nuevamente a esa visión de sí mismo ("No me flores") como un muerto que yace "sin dolores ya desde el día de tu concepción" y desde ese momento vive en agonía ("la del hacho").

Mencionar la tradición en la poesía de Uribe no es accidental. El mismo en algún ensayo ha puesto énfasis en la importancia de la per- tenencia a ella: tradición poética chilena (una de las más largas) y a la de Occidente. A lo cual habría que añadir, a la tradición del propio poeta. En efecto, **A peor vida** difícilmente puede ser entendido y estimado si no es a luz de la poesía cantera de este poeta y, sobre todo, de la serie de publicaciones que se inauguraron con **Odio lo que odio, rabio como rabio**. No es innecesario conjeturar, a mi entender, una unidad (de asun- tos, de estilo, de formas, de tono) entre estas obras que permiten construir un solo poema



atravesándolas, poema que quizás se prolongue en otras obras venideras.

Uribe emplea un castellano directo, seco, sin eufonía ni desbordos, en el cual se advierten los trazos de una época, de formas de sociabi- lidad y ambientes identificables y concretos, los de aquí de Chile, de sus gentes y lugares y modos de ser. "Gargüero", "Trutro", "leche nevada", "mocho del hacho", "la hilacha que cuelga", son algunas de las palabras y expresio- nes que usa, sin eludir a veces la cacofonía.

En esa tradición el poeta es fiel a opciones formales que le son propias: la rima asonante y consonante, las aliteraciones y paronomasias y otros recursos de la poética tradicional. Uribe emplea estos antiguos medios de manera libre, combinándolos en cada verso y poemas según las necesidades internas de éstos. Queda claro que no podría poetizar sin esas formas. Incluso cuando quien habla —como se dijo— es un "muriente", un agónico, Uribe introduce un orden, una musicalidad, una regla rítmica, a la que esa voz —que podríamos pensar musitan- te, estérrea, incoherente— queda sometida.

Quizás ese orden sea la contenci- ción que el resto de amor a la vida oponga a la "peor vida" de la muerte. Hay, pues, una insistencia en sobrepasar el orden del poema a las fuerzas fragmentadoras y aniquiladoras de la muerte y de la crítica lanzada desde la muerte- vida. El equilibrio alcanzado entre esas dos tensiones proporciona poemas bellísimos tales como los antes citados o el siguiente (en que el eco evangélico es imposible de no sentir): "Madura el trigo/ pero las uvas están verdes/ No se hace pan sino se muele el trigo/ y tú no serás tú si no te pierdes".

Pero es difícil no advertir que aquella insistencia a veces se trun- ca y falla. En algunos poemas la forma no consigue el efecto porque parece ser un esquema verbal impuesto casi con violencia sobre las palabras. Parecen incomparables, así: "Uno más uno es más que uno más uno/ Cada oveja tonta se aparea/ Cada oveja tontotece a su pareja/ Entre abismos no puede haber un itismo", con ese magnífico que cierra el libro: "Padre mi padre el travieso/ de la cruz en mis manos al espíritu/ mi espíritu encendiendo. Me hacen daño/ sin que yo te haga daño siendo/ que yo soy niño tu hijo y que me rindo/ por qué me has hecho daño y me tienes muriendo".

A PEOR VIDA

Armando Uribe.
LOM Ediciones,
Santiago, 2000,
214 páginas.



El muriente, empl., 2-VI-2001 P.S.
594483

Un muriente en versos [artículo] Cristóbal Solari

Libros y documentos

AUTORÍA

Solari B., Cristóbal

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un muriente en versos [artículo] Cristóbal Solari. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile